

I

Cuando a Willy Childers lo mandaron a Sudáfrica, lo enviaron al último país sobre la faz del orbe habitado en el que habría podido encajar. Ciertamente, es cuestionable que hubiese triunfado en la vida en cualquier otro sitio, pero allí estaba tan fuera de lugar que clamaba al Cielo. Al menos en París, una vez aprendido el idioma, se habría sentido en casa; o en un contexto londinense más afín a su persona habría acabado adaptándose con el tiempo. Pero en los campos de diamantes, un joven con aspiraciones de poeta, que además ya escribía versos, era una incongruencia que se resistía a cualquier comparación.

En su descargo, hay que decir que era consciente de que su presencia en aquel lugar resultaba absurda y merecía las burlas que propiciaba; por eso, aborrecía los «campos» con un odio más profundo que ningún otro miembro de su sudorosa población. Además, no pudo llegar al punto de cambiar su naturaleza para volverse raudo y emprendedor, ni ganas que tenía. No ponía reparos a su idiosincrasia, sino a lo que lo rodeaba. «Los pagarés y las acciones eran para él rimas afortunadas»¹,

¹ Esta cita y la siguiente hacen referencia a de *The Brook: An Idyll*, de Alfred Tennyson (1809-1892): One whom the strong sons of the world despise; / for lucky rhymes to him were scrip and share, / and mellow metres more tan cent for cent. (*Todas las notas son de la traductora*).

y estaba seguro de que sus «metros melódicos» acabarían procurándole la gloria. Habría preferido que lo dejaran en paz, con una buena pila de papel para escribir, antes que hacer el trabajo de cualquier corredor de bolsa.

Y como corredor de bolsa empezó. Su tío, Blake Somerset, era el encargado de la compañía de minas Fortunatus, con sede en Bultfontein. Cuando Willy regresó de Oxford, Somerset escribió a la quinta de su hermana en Dulwich diciéndole que al muchacho «se le habían acabado todas esas boberías de la dicha universidad, y más le valía meterse en faena para intentar ganarse la vida».

Hay que admitir que Willy no había causado precisamente sensación en la facultad, ni tampoco demostraba habilidades particulares para ninguna profesión reconocida. Con todo y con esto, la sugerencia de ir a Sudáfrica le pareció de lo más descabellada. Había coqueteado vagamente con la idea de recibirse como abogado y conseguir un gabinete agradable donde poder escribir poemas todo el día sin que nadie lo molestara. Pero no había contado con su madre, ni con la fe de esta en el juicio de su hermano.

Aquella carta había causado gran impresión en la mujer, quien, ante la idea de que cayera en saco roto, hizo acopio tanto de genio como de lágrimas. Los antecedentes y las simpatías de la dama se inclinaban igualmente hacia lo comercial. Ella también había tenido la sensación de que enviarle al Brasenose College había sido una bobería; de hecho, más que eso, porque lo que le venía a la cabeza era otro sustantivo que prefería no emplear. Ser madre de un hijo que

parecía contentarse con pasear por el jardín con un volumen de Rossetti o de Walter Pater bajo el brazo, y que admitía abiertamente no saberse ni la tabla de multiplicar, le causaba gran desazón. Se cuestionaba incluso si no habría existido en el pasado alguna excentricidad «por el lado de su querido y malogrado Robert».

Sí, la visión materna difería con mucho de la de Willy. La madre se retractó de su sugerencia de que estudiara para entrar en el colegio de abogados —una propuesta que, en el fondo, había hecho con poco convencimiento— y anunció que Sudáfrica ofrecía unas perspectivas mucho mejores. Resolvió que el plan sería «quitarle las tonterías al muchacho». A tal efecto, le contestó a su hermano que el joven partiría en un plazo de dos o tres semanas, si bien se abstuvo de explicarle qué clase de persona era su sobrino.

Somerset no tardó mucho en averiguarlo por su cuenta. Su tío gastaba el aspecto de un campesino o, al menos, la apariencia que cabe imaginar en alguien que trabaja la tierra. Tenía una cara roja y redonda, una risa estridente, un recio armazón, y unos bíceps que podían haber sido perfectamente los de un gimnasta. Willy se le antojó una decepción nada más apearse del tren, con su constitución débil y su aspecto tísico. Y, tal y como se evidenció en la primera conversación que mantuvieron, tampoco tenía visión comercial. Sin sospechar nada aún de las inclinaciones del joven, su instinto le dijo que algo no andaba bien. La ignorancia de cosas que ya tendría que saber podía excusarse al recordar la clase de instrucción que había recibido; pero se intuía algo peor: parecía existir un asomo de

ineptitud. No solo no sabía cómo hacer dinero, sino que, simple y llanamente, no parecía interesado o informado al respecto; circunstancia que no le auguraba un futuro brillante, si se tenía en cuenta que, a la muerte de su madre, solo obtendría una renta anual de trescientas o cuatrocientas libras.

Sin embargo, sintiéndose responsable por haberlo hecho ir hasta allí, Somerset hizo todo lo que pudo por su pariente, con la rudeza que lo caracterizaba.

—Mira —le comentó al cabo de unos días—, creo que puedes dar la talla trabajando como corredor. Si eres listo, ganarás entre diez y doce libras a la semana. Mañana te pasearé por el mercado y te iré presentando al personal.

Willy dijo estarle muy reconocido, y le preguntó:

—¿Qué tengo que hacer?

—¿Hacer? ¡Pues vender las piedras! Te vas por las mañanas a los despachos de los marchantes y les pides paquetes grandes; luego los divides entre el resto de marchantes y se los vas enseñando. Es una pena que no sepas nada sobre diamantes, pero pronto le irás cogiendo el tino. Y siempre puedes recurrir sin temor al «tengo por aquí un buen lote que se ajusta a lo que busca».

La descripción no resultó nada atractiva para el de Oxford; pero, como ya albergaba la incómoda sensación de que su tío no lo tenía en gran estima, hizo un cortés intento por simular un celo que era incapaz de sentir.

Las presentaciones se llevaron a cabo tal y como le había prometido y, una vez adquirida una licencia, Willy se lanzó sin más demora a su carrera como corredor de diamantes. Se pertrechó con una cartera de

tafilete provista de muchos bolsillos y pensada para guardar todos los paquetes que habrían de confiarle.

Pero no consiguió ninguno. No tenía el despapajo suficiente. Cuando iba a solicitar mercancía preguntaba muy sucintamente si había algo para él y, en cuanto el hombre le respondía con un «no», se escabullía mortificado. Y lo hacía así, por mucho que no le hubiese pasado desapercibido que otros competidores más experimentados entraban saludando jovialmente, con aire de confianza y, en ocasiones, un «¡no va a creerse la historia que tengo que contarle, señor Meyerstein!» que resultaba mucho más eficaz. A la media hora de la apertura del mercado había repetido en vano su pésima fórmula por todos los portales de la calle. Después regresaba a su hotel y soñaba con Inglaterra y la fama. Su tío, al enterarse de su rápida retirada, le dijo que así no iba a ninguna parte. Si quería tener fortuna, debía lograr aparentar que la tenía, y no podía abandonar tan pronto la escena. Willy, con el corazón apesadumbrado, captó la indirecta. Desde las diez de la mañana hasta las cuatro, con el termómetro a cuarenta grados a la sombra, trajinó de aquí para allá por la sinuosa y soleada carreterilla, presumiendo de su cartera vacía como si anduviera muy atareado. La astucia, sin embargo, no pareció impresionar a los comerciantes, quienes tras sus grandes escaparates, en mangas de camisa, pesaban diamantes sobre balanzas deslustradas. Cuando los visitaba, siempre respondían sin falta que esa mañana «no iban a despachar nada».

Somerset no tuvo más remedio que escribir a su hermana para decirle que sería oportuno que el muchacho regresara a Dulwich. Su tío, que a esas alturas

ya había descubierto la debilidad de Willy, apuntó con ingenio que en los campos «no había un claro para los vates», y le advertía que como la vida allí era cara, el holgazaneo del futuro poeta laureado le saldría más a cuenta en su propia patria.

La señora Childers respondió que consideraba que semejante entorno podría favorecer la formación del carácter de su hijo. Al ser huérfano de padre, y dando muestras de no tener ninguna ambición decente, era una responsabilidad demasiado grande como para afrontarla por su cuenta. ¿Tal vez con el tiempo Somerset podría colocarlo en un «puesto administrativo o similar» que le permitiera ganarse la vida pasablemente? Mientras, los gastos que le ocasionaba no ascendían con seguridad a tanto como podría costarle el pasaje de vuelta.

Somerset, aunque había perdido todo interés en su sobrino, obedeció y, tras indagar un poco, consiguió encontrarle una ocupación. Willy entró a trabajar en el juzgado de Du Toit's Pan para registrar antecedentes penales y tomar declaraciones juradas de asaltos y otros delitos, por un salario de tres libras a la semana. De esto hacía ya dos años y, como para justificar la pobre opinión que suscitaba en su tío, seguía en el mismo puesto de escribano.

En la tarde que nos concierne, se encontraba ante su mesa de la asfixiante oficina mirando por los barrotes de la ventana abierta a los dos o tres presos cafres que, bajo la vigilancia de un alguacil, aguardaban a que los llamasen a declarar. Estaban con la espalda apoyada en un muro y los pies sobre la arena gruesa y caliente. A través de la puerta que comunicaba con el

juzgado, más parecido a un cobertizo, oía el soporífero sonsonete del juez auxiliar, que estaba despachando el caso que tenía entre manos.

En esos momentos, la voz del intérprete al gritar «¡Mediochelín!, ¡Piccanini!, ¡Tomtón!» anunció que era el turno de los negros que esperaban fuera. Cuando el alguacil los empujó, avanzaron a regañadientes, arrebuajando más en las mantas sus enclenques extremidades. Solo quedó a la vista el muro achicharrante y el resplandor de la tierra. Willy cerró los ojos con fatiga —de un tiempo a esa parte, la vista había estado dándole problemas— y se recostó en la silla, preguntándose si la vida le tendría reservada alguna sorpresa, si existía alguien en el mundo más miserable que él...

Para entonces ya le había abandonado la fe en sí mismo, y no veía ante él un futuro como persona de renombre. Aunque ciertamente aún era demasiado joven para eso, al no ser de natural confiado, la poca confianza que podía haber tenido se la habían quitado ya a fuerza de burlas. Deseaba fervientemente la simpatía de los demás, que era tal vez lo último que obtendría en ese lugar. A decir verdad, presentaba una de las figuras más patéticas que pueda exhibir el mundo, por mucho que en el campamento la consideraran ridícula, pues, si bien él experimentaba todas las emociones propias del genio, su Vesubio parió un ratón²; era artista de temperamento pero escribano de destino. Aunque su verso carecía de gracia, por momentos —aunque con mucha menos frecuencia

² Referencia a la descripción de Horacio del parto de los montes: «Parturiunt montes, nascetur mus ridiculus».

de lo que él creía— hacía gala de un atisbo de algo superior a ella; pero le fallaban las fuerzas para liberarse del entorno que lo atenazaba. Batía unas alas débiles, como el estornino de Sterne en su jaula³ y, al igual que ese pájaro, gemía: «¡No puedo salir!».

El intérprete entró con la lista de faltas y sentencias, para que las anotara en el registro.

—Buenas tardes, *massá* Childers; yo irme ya a la casa.

—Buenas tardes, Mukasa.

³ En la obra *Viaje sentimental* (1768).